

Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur

Autonomía e interdependencia

Empecemos por el principio fundamental de la Orden benedictina: los monasterios plenamente constituidos y llegados a su madurez, gozan de autonomía plena en la dirección y decisiones de su propia vida. Es decir: no formamos parte de una institución religiosa centralizada que cuenta con diversas casas y obras, que dependen de un poder central que puede cambiar de servicio y de domicilio a sus miembros según las necesidades de su carisma. A un monasterio se ingresa, y allí se hace su formación al menos inicial, y se realiza su profesión monástica, un compromiso ante Dios y ante la Iglesia, que incluye tres elementos:

*Vivir en comunidad
Bajo una Regla
Y un Abad.*

Una vez realizada la profesión solemne, el monje pasa a ser un miembro permanente de esa comunidad concreta, que goza de autonomía, y se relaciona con la Iglesia universal a través de las obligaciones normales de su pertenencia a ella. Pero la comunidad elige a su propio abad, forma sus futuros monjes, y distribuye los distintos servicios y tareas en familia. Y cada monasterio decide su

estilo de vida conforme a la Regla y a las Constituciones aprobadas por la Iglesia para esa comunidad. Ello hace que de a poco se va creando un estilo de vida, de trabajos y misiones que nacen, crecen y a veces mueren luego de cumplir con las necesidades a las que las dedicaron.

Este aspecto que nos caracteriza desde hace siglos, tiene sus ventajas, pero también incuba un peligro: el de desviarse de lo esencial y vegetar en su propio estilo de vida que puede ya no ser tan fiel al evangelio o a la vida de la Iglesia. La disciplina se relaja, los valores se opacan y la comunidad puede amodorrarse en una mediocridad que anula todos los valores por los cuales uno entró a la vida monástica. Históricamente esto ha sucedido casi en cada etapa de la vida de los monasterios, y siempre apareció la necesidad de una cierta interdependencia de los monasterios y el tener que nuclearse en congregaciones que aseguraran una observancia correcta con una espiritualidad propia. Se formaron Órdenes monásticas más centralizadas, o agrupaciones bajo el liderazgo de personalidades que marcaron líneas nuevas y con nuevos impulsos dentro de una misma vocación. Así surgió Cluny, con sus centenares de monasterios, o el Císter que generó una nueva rama dentro del monacato occidental. Pero históricamente esas uniones en la mayoría de los casos, cumplida su función fueron perdiendo su poder aglutinante, y los monasterios volvieron a recuperar una forma de autonomía bastante laxa, con sus ventajas e inconvenientes.

Pasando por alto una larga historia de renacimiento y de ocasos, me detengo en el período en que el Papa León XIII presidía la Iglesia, ya en tiempos más cercanos a nosotros. Entonces se vio claro. Frente al despertar vigoroso de nuevas comunidades, con sus numerosas fundaciones, con espiritualidades a veces bastante diferentes, como ser la misionera, la litúrgica, la de los estudios eruditos, se hacía necesaria una nueva manera de organizar la autonomía y la interdependencia de los distintos grupos

de monasterios. Y fue este Papa, ayudado por varios abades, quien promovió y finalmente **decretó el 12 de enero de 1893 la fundación de la CONFEDERACIÓN BENEDICTINA**. Esta tendría su sede en Roma tomando a su cargo la Universidad de San Anselmo en el Monte Aventino, para la formación de los monjes que quisieran aprovechar de su estancia en Roma para especializarse tanto en los estudios, como para relacionar los monasterios a través de los jóvenes que allí compartirían varios años de su formación monástica y académica. Esta Confederación dispondría de una LEX PROPIA, mediante la cual se regiría la elección del Abad primado y el resto de las atribuciones que la autoridad de la Iglesia le reconocería. Los monasterios se irían nucleando en Congregaciones, y el conjunto de ellas formarían la Confederación.

Recuerdos de infancia monástica

La presencia de monasterios benedictinos en la América hispana, es relativamente tardía. Recién en los años finales del siglo XIX, la abadía francesa de Bellocq, de la Congregación Sublacense, funda en la provincia de Entre Ríos el primer monasterio, que será la Abadía del Niño Dios. Luego los monjes de Silos, en España, y de la Congregación de Solesmes, fundarán la comunidad que hoy se llama San Benito de Luján. La Congregación Sublacense por medio de la Comunidad española de Samos hace en el año 1915 una fundación en las cercanías de Santiago de Chile que con el tiempo y en sucesivos traslados perduraría instalándose en 1976 en el monasterio de San Benito de Lliu-Lliu.

Y al término de la segunda Guerra mundial surge en Chile el Monasterio de la Santísima Trinidad fundado por monjes de la Congregación de Beuron. Y casi simultáneamente los monjes suizos de Einsiedeln fundan la de Santa María de Los Toldos. Las monjas de

Santa María, en el Brasil, y de tradición inglesa por su fundación allí, fundan el monasterio de monjas de Santa Escolástica en San Fernando, en las cercanías de la Capital Argentina. Y andando el tiempo ellas fundarían el monasterio de Santa María Madre de la Iglesia, en las afueras de Montevideo, Uruguay.

Vemos así que luego de siglos de ausencia, la vida benedictina se hace presente con la fundación de varias comunidades provenientes de distintas Congregaciones Europeas con su propia idiosincrasia, tradiciones y lenguas. De hecho todos nuestros monasterios fueron fundados por comunidades pertenecientes a alguna de las Congregaciones que conformaban la ya existente Confederación.

Pero en esa primera mitad del siglo XX todavía las distancias eran un factor de aislamiento y las comunicaciones eran por vía terrestre, así como las noticias lo hacían por vía postal. Cada monasterio generó sus propias relaciones eclesiales y humanas, en estrecha relación con una marcada dependencia de su lejano monasterio fundador. Rara vez una comunidad, aun dependiente de su Fundadora, tenía la visita de su Superior directo. Y aun en este caso, la dificultad de la lengua y de la cultura hacía complicado el entender los problemas locales. Aunque hubo buen aprecio y ayuda mutua en muchos casos, ello se dio más a través de personas que de las comunidades mismas.

Yo ingreso al monasterio de Los Toldos con 10 años (como era frecuente en otros monasterios de Argentina) y desde entonces comparto plenamente la vida y el estilo monástico propio de la tradición de Einsiedeln, en Suiza. Los Toldos había sido fundado cuatro años antes de mi llegada y estaba en los inicios de su radicación en el lugar. De esta manera me integré plenamente en una forma concreta de vivir la vida monástica, con su propia tradición de canto gregoriano, la celebración de fiestas traídas de allá, y sobre todo un

estilo de vida propio que incluía la presencia de un colegio internado de unos 30 chicos de campo con enseñanza y experiencia agrícola. Y en lo específico, la devoción a la Virgen, en su imagen traída por los fundadores, y que era copia exacta de la que desde siglos se veneraba en la abadía fundadora: la Virgen Negra. Esto nos daba una clara identidad dentro del conjunto de los otros monasterios, y que incluso se significaba en los detalles del hábito monástico, desde la capucha, la cogulla y el cinturón que no era de cuero sino de lienzo y sin añadidos.

Me detengo en todos estos detalles porque para mí fueron mi experiencia primera y diría única, de conocer la vida benedictina. Recién a mis 13 años, debido a un problema de salud, el Prior Padre Eugenio me llevó a la Capital, y me alojé por una semana en la abadía de San Benito, en aquel entonces en la Calle Villanueva y Maure. Allí compartí con un pequeño grupo de niños oblatos argentinos la vida monástica marcada muy fuertemente por el estilo Solesmes de Silos. Diría que me desayuné de la existencia de otras tradiciones, y de una comunidad que me recibió con mucho cariño. Claro que las temáticas recurrentes en la comunidad no eran las tradiciones suizas, sino que el tema obligado en los recreos era, con los mayores, la experiencia de la Guerra civil española en la cual les había tocado participar a varios de esos monjes y directamente en el frente. Al monasterio del Niño Dios lo visité por primera vez siendo yo ya profeso solemne de Los Toldos. Pero hubo un detalle que de alguna manera nos identificó un poco a todos en ese año 1955, y fue la última etapa del gobierno de Perón y sus dificultades con la jerarquía eclesiástica. Incluso el peligro de vida de nuestras comunidades. Todos los monjes sacerdotes de nuestro monasterio de Los Toldos, un día de junio fueron llevados a la cárcel, y la comunidad quedó huérfana, sin saber lo que iba a suceder. Al día siguiente por la tarde ya estaban de vuelta, pero en alerta por

lo que pudiera sobrevenir. Ese mismo año 1955, el Padre Baldomero Gorrochategui de la abadía del Niño Dios vino a nuestro monasterio en plan de descanso y tomó a su cargo la dirección de nuestro grupo de oblatitos. Diría que para mí fue este año 1955 la oportunidad de abrir los ojos a la presencia de los otros monasterios de nuestra región.

El Padre Policarpo Buchser, que era uno de los dos monjes misioneros que vinieron a Argentina 9 años antes de la fundación, en búsqueda de un lugar donde realizarla, generalmente no viviría en nuestra comunidad, sino que sería el capellán del estudiantado de los Hermanos en la Villa Marista de Luján. Ello facilitó que con otro compañero, luego de terminados los estudios básicos en Los Toldos, fuéramos enviados a estudiar el magisterio con los Hermanos maristas. Eran un grupo de unos treinta jóvenes de diversos países y provincias, que luego de su primera profesión se preparaban para que, conseguido el título, pasaran a sus tareas en los colegios. Yo compartí plenamente con ellos esos dos años a los pies mismos de la Virgen de Luján, en la casa de estudio que quedaba al otro lado del río. Fue una nueva y muy diferente experiencia de vida religiosa que me permitió abrirme a la realidad eclesial, más allá de la vida familiar monástica en Los Toldos.

Y finalmente el día que cumplí mis 17 años, y conseguido ya el título de Maestro Normal Nacional, pude comenzar mi noviciado canónico en el Monasterio donde había ingresado 7 años antes como niño. Hubo varios acontecimientos que fueron cambios notables en mi experiencia monástica. Aunque no lo parezca hubo sobre todo uno que en cierta manera provocó mi resistencia. Nuestro maestro de novicios fue el Padre Pío Filippetto, ex jesuita italiano, con relativamente poca experiencia monástica en Einsiedeln, y que más bien simpatizaba fuertemente con la tradición solesmense. Y lo hacía notar, teniendo una fuerte resistencia de parte de muchos monjes suizos. Aunque el

verdadero maestro de novicios (éramos 4 en ese momento) era el prior fundador P. Eugenio Pfiffner, su muerte súbita en agosto de ese mismo año dejó en la comunidad con un fuerte sentimiento de orfandad. Al menos en mi caso. Así llegué a mi profesión simple en febrero del año 1960, y realicé aquí mismo mis dos años de filosofía, en un clima donde ya apuntaban fuertes síntomas de cambios y de adaptación. Y ello se manifestó sobre todo en una reducción drástica del número de los monjes presentes en nuestro monasterio. Tres jóvenes partieron para Europa a continuar la teología, y seis monjes con larga experiencia en el monasterio regresaron a Suiza. La comunidad quedó aquí reducida en número aunque con una numerosa presencia de jóvenes postulantes y algunos novicios, con su joven prior el padre José Felber.

Con uno de mis connovicios de nacionalidad chilena, el Hno. Aldo Álvarez, fuimos enviados a realizar nuestros cuatro años de teología en el monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes. Aunque muchas costumbres eran diferentes, sin embargo constaté que se vivía la misma experiencia y valores que en Los Toldos. Fueron cuatro años muy intensos donde coincidimos varios jóvenes monjes de distintos monasterios en un clima de estudio y de seria vida monástica. Creo que para mí fue un verdadero aterrizaje en la totalidad y lo esencial del carisma monástico, más allá de algunas pocas diferencias de costumbres. Y sobre todo allí compartimos años de vida monástica con monjes de distintos monasterios, de los cuales andando el tiempo varios de ellos terminaríamos siendo los superiores y los que llevamos adelante la creación de nuestra Congregación del Cono Sur. Años que coincidieron con el Concilio Vaticano II, que puso en movimiento una intensa vida eclesial, con cambios en todos los rubros: liturgia, estudios y forma de valorar la vivencia monástica más allá de las costumbres tradicionales.

Soplan vientos nuevos

Luego de estos años de formación que me tuvieron viviendo experiencias nuevas y en ambientes diferentes, regreso al monasterio donde me integré en la comunidad como profeso solemne, y colaborando con el prior en la administración en la parte económica y laboral del monasterio. Dos años muy intensos que me obligaron a estar abierto a todo lo nuevo. Esto incluía la inserción del monasterio como explotación rural en el CREA, relación con los empleados, la mayoría de ellos jóvenes de provincia que vivían en el monasterio, y peones. Simultáneamente en la Iglesia se daba una búsqueda de colaboración entre las diversas espiritualidades. Las reuniones monásticas benedictinas comenzaron a compartir encuentros con las trapenses, e incluso con Fraternidades de nuevo cuño, como los Hermanitos de Foucauld. Se dieron así encuentros en distintos monasterios que reunieron superiores y religiosos de muy diferente origen, pero todo apuntando a una espiritualidad de comunidad orante, fraterna y comprometida. Justamente en la primera mitad del año 1966, se realizó una de estas reuniones conjuntas en el Monasterio tucumano del El Siambón, y la primera en que participé. El tema era la recuperación del trabajo manual de los monjes. Tuve a mi cargo el tema del trabajo manual en el monasterio, sin distinción de sacerdotes o hermanos. Ya en esos encuentros se hablaba de una cierta posibilidad de agruparnos para brindarnos apoyo y ayuda mutua. Creo que estaba surgiendo la semilla de lo que luego iba a florecer en dos realidades distintas pero paralelas: SURCO y la CONGREGACIÓN de la Santa Cruz del Cono Sur, netamente monástica y plenamente participante en la Confederación.

Luego de dos años intensos de vida y compromiso comunitario aquí en Los Toldos, realicé mi primer viaje a Roma, visitando y conociendo de paso algunos monasterios importantes: Río de Janeiro, Madrid y

Montserrat, para aterrizar en Roma. Quedé allá un año entero, cursando algunas materias en el Instituto Bíblico y otras en San Anselmo. Y en las vacaciones pasé tres meses íntegros en nuestra abadía fundadora de Einsiedeln, compartiendo plenamente su vida monástica, especialmente con los jóvenes, y volviendo a encontrarme allí con varios monjes que habían estado en Los Toldos durante varios años. Fue un reencuentro profundo con las raíces, pero a la vez, dándome cuenta de que la vida aquí en el Sur ya tenía su propia identidad. El monasterio de Los Toldos todavía era una comunidad dependiente de Einsiedeln, y precisamente en ese año, octubre de 1968, se dio la autonomía y se nombró al primer Prior autónomo en la persona del Padre Pedro Alurralde. Al inicio del verano del año 1969 regresé a Los Toldos y desde entonces me integré plenamente en la vida comunitaria en diferentes servicios: dos años al frente del colegio internado, otros dos como ecónomo y administrador, y finalmente como maestro de novicios. En setiembre de 1974 fui elegido Prior de nuestro monasterio. Lo sería primero como Prior por seis años y luego como abad por otros 12 años. Y con ello entré de lleno en la vida de nuestra recién nacida Congregación.

La Congregación

Como lo dije inicialmente, creo que para una completa y mejor historia de los inicios y desarrollo de nuestra Congregación, son otros los que podrían aportar datos, fechas y pasos realizados. Sin entrar en detalles y fechas, creo que todo fue obra de Dios con la colaboración de personas especialmente capacitadas. Y pongo en primer lugar a nuestro querido Padre Don Giuseppe Tamburrino. Monje de la Abadía de Praglia, sintió desde los inicios un profundo afecto por nosotros y puso a nuestra disposición sus conocimientos y relaciones en el aspecto canónico del camino a recorrer. Desde los inicios fue nuestro Procurador ante la

Congregación de Religiosos en Roma. Visitó todos nuestros monasterios y participó en todo lo que se refería a la parte canónica de los proyectos iniciales y sobre todo en los pasos sucesivos, en los que pasamos de pro-congregación, a pre-congregación, para finalmente ser reconocidos por Roma como una nueva Congregación. También tuvo una gran importancia que todos los abades presidentes de nuestras comunidades en el Cono Sur, comprendieron la necesidad que teníamos de un cierto nucleamiento, y por ello delegaron en los superiores locales la posibilidad de realizar las Visitas canónicas ordinarias que a ellos les hubiera resultado difíciles por el idioma, la distancia y las mentalidades diferentes. Los superiores: Padre Eduardo Lagos, Padres Eduardo Ghiotto, Martín de Elizalde, y otros tuvimos la oportunidad de ir acompañando a las comunidades en todos estos años de Visitas Canónicas.

Además de todos estos encuentros con las comunidades en las Visitas Canónicas, se fueron dando el de los superiores en las periódicas asambleas y reuniones preparatorias. Diría que los pasos fueron: pro-Congregación, pre-Congregación, y finalmente Congregación plenamente reconocida por Roma e integrada en la Confederación.

¿Qué nombre le pondremos?

Para la mayoría de las Congregaciones ya existentes la cosa fue más sencilla. Si provenían de una misma nación llevaría simplemente esa característica: Helvética, inglesa. Neerlandesa, etc. Y si habían nacido a la sombra de una gran abadía asumirían su apellido: Beuronense, Otiliense, Solesmense, De Subiaco o de Monte Casino, etc. Pero en nuestro caso la cosa era diferente. Ninguno de los monasterios tenía preeminencia y todos habíamos surgido de raíces diferentes. Por origen, o por edad casi todos compartíamos las mismas posibilidades.

Incluso cada monasterio había sido puesto bajo un patrocinio particular: el Niño Dios, Santa Escolástica, San Benito, la Virgen Negra, La Santísima Trinidad, Cristo Rey, etc. Había por tanto que elegir un título que incluyera tanto a la región que era la parte sur de América cuanto un nombre que abarcara a todos. Diría que la realidad de ser una Congregación que por opción sería territorial, era necesario que su nombre lo reflejara, dentro de alguna característica común. Y recuerdo muy bien aquella reunión en que se discutió la posibilidad de un nombre. Y fue el Padre Mauro Mathei quien hizo notar que en los primeros mapas, desde el tiempo de Magallanes, esta parte sur de América fue llamada **Terra Sanctae Crucis**, justamente por encontrarse bajo esa constelación astronómica. Y además, en la evolución de los nucleamientos regionales, ya se hablaba abiertamente del CONO SUR al conjunto de los países que entrábamos en esta Área: Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay, y gran parte del sur brasilero.

Pero cuando propusimos este nombre al Dicasterio romano correspondiente, nos dijeron que la Cruz del Sur era un signo astronómico, no necesariamente religioso. Por lo que se optó por un circunloquio que alargó un poco el nombre: **Congregación benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur**. Y para refirmar el aspecto elegido, se aceptó como solemnidad de la Congregación el día 14 de setiembre: Exaltación de la Santa Cruz.

En los 18 años en que fui superior de Los Toldos (1974-1992) me tocó acompañar muchas de las Visitas canónicas que realizaron los abades Ghiotto o Lagos. Ello me permitió conocer desde adentro la vida de nuestros monasterios, y sobre todo comenzar a querer de corazón a mis hermanas y hermanos, muchos de los cuales comenzaban a hacer sus primeras experiencias como comunidades recién fundadas y en proceso de construir su propia personalidad. Luego, a partir de 1995 en que fui

elegido Abad presidente, ya tuve que compartir más plenamente la vida de nuestra Congregación, en sus penas y alegrías, en sus logros y en sus dificultades. Fueron 27 años muy intensos y transitados por continuos viajes, tanto dentro de la Congregación como participando anualmente de los Sínodos de presidentes, que me llevaron a recorrer el mundo, desde Lituania a Tanzania, pasando por Israel, y luego desde Canadá al Brasil pasando por Estados Unidos y México.

Dos pensamientos finales

La incorporación *pleno iure* de los monasterios femeninos a nuestra Congregación, y con ello poder integrar en el Consejo a dos superiores, considero que fue una de las mayores gracias que la Iglesia nos concedió. Soy testigo y doy fe de lo que significó en nuestro Consejo de la Congregación su presencia. Nos volvió más fraternos y muchas veces se pudo conseguir una unanimidad de criterios que a todos nos hizo mucho bien. Por ello estoy especialmente agradecido al Señor en mi propia experiencia de abad presidente. Y con estos recuerdos quiero dejar constancia de mi profundo agradecimiento al Señor, a la Iglesia, y sobre todo a nuestra Congregación por todo lo que aportaron a mi ya larga experiencia monástica. Liberado ahora de los compromisos que tuve durante tantos años, quisiera en este tiempo que san Benito llama “*indutias*” (*moratorias diríamos en castellano*) dedicarme a la oración y a llevar ante el Señor cada día en la fidelidad a la oración coral, y en la más silenciosa y personal, acompañando a todos los que estamos en este camino estrecho pero que nos lleva a la vida.

+Mamerto
Monje de Los Toldos
22 /9/2023